

Aguafuertes porteñas de Francisco Ayala¹

Laura Scarano
CONICET

CELEHIS – Universidad Nacional de Mar del Plata

*Éramos la España del vestido roto y la cabeza alta.
Nos rascábamos tres años de hambre y buscábamos
una tabla para sobrevivir al naufragio.
Contad cada uno el hallazgo de vuestra tabla y el naufragio.*

(María Teresa León, *Memoria de la melancolía*)

Resumen

Recuerdos y olvidos es el largo memorial autobiográfico que escribe Francisco Ayala, escritor republicano exiliado en Argentina desde 1939 a 1950, a partir de 1984 y hasta su muerte en 2009. La ciudad que afectuosamente llamó “Mi Buenos Aires querido”, en el segundo tomo titulado *El exilio*, supone un hito fundamental en su relación con el convulsionado mundo que le tocó vivir, huyendo de la fratricida guerra civil española. Ayala en sus memorias recrea esa mirada inquisitiva depositada en lo menor, ofreciendo la temperatura íntima y vibrante de la metrópolis argentina, relatada desde la meditación filosófica y ética. Fue una ciudad a la medida de su sed intelectual, que le

1 Una versión más larga de esta ponencia se halla en el libro *De este mundo y los otros. Homenaje a Francisco Ayala*, compilado por Milena Rodríguez Gutiérrez y Luis García Montero (Scarano 2011).

permitió recuperar su nombre público y su prestigio académico y literario, de la mano de algunos exiliados de renombre, como Rafael Alberti, María Teresa León, Guillermo de Torre, Ricardo Baeza, siendo acogido por la mejor intelectualidad porteña: Victoria Ocampo y el “círculo Sur”, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Julio Cortázar, Francisco y José Luis Romero, etc.

Palabras clave

Francisco Ayala – exilio – memorias – Argentina

Abstract

Recuerdos y olvidos is the long autobiographical work of Francisco Ayala, an exiled Republican writer who lived in Argentina from 1939 to 1950. The city which he called “Mi Buenos Aires querido”, in the second volume entitled “Exilios”, represents a fundamental stage in his relationship with the troubled world opened by Spanish fratricidal civil war (1936-1939). These passages evoke the vital atmosphere that Ayala recreates, offering the intimate and vibrant temperature of the Argentine metropolis, from a philosophical and ethical point of view. Buenos Aires was the right city for his intellectual thirst, which allowed him to recover his public name and his lost academic prestige. Within these pages we can find his best friendships: Victoria Ocampo and “Sur”, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Julio Cortázar, Francisco y José Luis Romero, etc.

Keywords

Francisco – Ayala – exile – memories – Argentina

María Teresa León, otra exiliada en Argentina como Francisco Ayala, en su elocuente *Memoria de la melancolía* invitaba a sus pares “transterrados” a contar su “naufragio”, como lo expresa el encendido pasaje del epígrafe. Pero la consabida metáfora marítima no ilustra tan sólo el desgarró y la pérdida, sino además los instrumentos de la supervivencia, el “hallazgo de una tabla”, precaria pero decisiva. Más aún, para Ma. Teresa como para Ayala, la verdadera tabla de naufragio no consistiría tanto en los hechos vividos en el país de acogida, sino en el ejercicio intelectual y creador de poner en palabras ese relato existencial, en el acto liberador de “contar”. Ambos intelectuales españoles recalán en el sur americano como exiliados republicanos, con motivo de la Guerra civil española de 1936, con la conciencia de una mutilación: son “la España del vestido *roto*”. Pero comparten la certeza de un orgullo cívico: llegan a la nueva orilla con “la cabeza alta”.

Si el exilio es “una forma discontinua de existencia”, como señala Edward Said, y por ende “una *ruptura* incurable” (159), Ayala interpreta esta “rotura” del tejido vital, destacando “el dolor de aquella *ruptura* en que nosotros *rompimos* con España y España consigo misma”.² Y enfrenta ese desgarró desde el primer día como una experiencia de “disloque”, sabiendo que lo arrojaba “a la precariedad de lo imprevisto”, a “un espacio abierto y, como tal, desoladoramente inseguro”, donde tendría que “improvisar una manera por completo nueva de hallarme en el mundo” (1998: 171). Pero esta ruptura, naufragio y disloque es al mismo tiempo re-conquista. Otro exiliado desnuda los alcances de este renovado cruce del Atlántico y colonización vital del suelo americano, que bien pueden ser aplicadas a la experiencia ayaliana:

Así la tierra adoptiva fue nuestra tierra adoptada, pues una nación no es sólo el lugar de nacimiento, sino también,

2 Como escribía en su artículo de 1948 “Dámaso Alonso en Buenos Aires”, recogido décadas después en *El tiempo y yo* (1992).

y con mucho, el lugar adonde, al hacer, *nacemos*. Y sin renunciar de ninguna especie a nuestro origen [...], cabe afirmar que nuestras vidas representan un episodio nuevo de la conquista de América, porque al tendernos la mano en nuestras horas amargas, América nos conquistó.³

Quisiera repasar aquí algunas de las directrices de ese relato que elabora Ayala de su experiencia como exiliado en Buenos Aires (entre 1939 y 1950) y que constituye la primera tabla de su naufragio.⁴ Sin duda, de su vasta obra ensayística, el texto emblemático de este memorial es la ambiciosa autobiografía titulada *Recuerdos y olvidos*, que comienza a escribir en 1982 en un primer volumen. En 1983 publica el segundo tomo *El exilio* y en 1988 los tres tomos completos con el título general de *Recuerdos y olvidos*, dividido en tres partes: 1. *Del paraíso al destierro*. 2. *El exilio*. 3. *Retornos*. La reedición de 2006 añadirá una cuarta parte, *De vuelta en casa*, que completa en varias secciones sus recuerdos de Argentina.⁵ Aquí leemos el sentido final de esta travesía memorialista:

En esta fase postrera de *mis pasos en la tierra* (más que *pasos*, atónita expectativa ahora, habitada por una especie de curiosidad extraña) he dado en mi imaginación desordenadas vueltas y más vueltas a pasajes de un pretérito más o menos remoto, trayendo a la memoria tales o cuales episodios o

3 Son palabras de José Ricardo Morales en su artículo “Autobiograma”, recogido en el libro de Abellán y Monclús, *Pensamiento español contemporáneo y la idea de América* (II, 569).

4 Una primera aproximación la publiqué con el título “La Buenos Aires de Francisco Ayala: Retratos y relatos de su exilio argentino”, en el completo Catálogo editado con motivo del centenario del escritor y coordinado por Luis García Montero (Scarano 2006).

5 Remitimos para las citas a la edición de Alianza en tres tomos de 1984. Y para la cuarta parte, utilizaremos la edición de 2006.

retazos de lo vivido, que tal vez creía olvidados para siempre. Puede entenderse así que por *casa*, es decir, por *mi casa*, entiendo aquí todo aquello que en el curso del tiempo fueron en su conjunto las experiencias de mi mundo. (2006: 699)

El exilio es el volumen dedicado en su mayor parte a la década del 40 y a la etapa argentina, que desembocará en otros exilios, Puerto Rico en 1950 y Estados Unidos después, hasta enlazar con *Retornos* y su progresivo regreso a España. La ciudad que afectuosamente llamó “Mi Buenos Aires querido” (evocando el famoso tango de Gardel y Le Pera de 1934) supone un hito en su relación con el convulsionado mundo que le tocó vivir. Esos pasajes consagrados a “la Reina del Plata” evocan una atmósfera y clima que nos recuerda las “aguafuertes porteñas” del escritor argentino Roberto Arlt. Recordemos que Arlt publicó una columna titulada *Aguafuertes Porteñas* desde 1928 en el diario *El Mundo*, que constituía un registro minucioso de la Buenos Aires de la década del 30. Ayala en sus memorias, sin proponérselo explícitamente, recrea esa mirada inquisitiva depositada en lo menor, ofreciendo la temperatura íntima y vibrante de la metrópolis argentina de esos años. Esas “instantáneas” van a estar construidas desde la meditación intelectual y la reflexión ética, pero no para reincidir en los tópicos al uso de la literatura urbana (paisajes, paseos, tipos o decorados). Por el contrario, la fotografía ayaliana de la ciudad articulará retratos y relatos dinámicos y coloridos, más que escenarios o decorados estáticos. Su mirada no se detiene tanto en convulsionados hechos históricos o resonantes anécdotas públicas, sino en sus relaciones con personas: sus vidas, sus rostros, sus historias, sus llegadas y partidas, sus muertes. Pasan por sus páginas historias de emigrados -algunos famosos y otros desconocidos- atrapados en la intimidad de sus mundos particulares. O bien retratos de amigos, colegas, maestros, a modo de crónicas urbanas, con historias que siempre se interceptan con su vida, sus experiencias profesionales,

ideas y valores.

Ni bien parte al exilio, Ayala sabrá que el “ansia de reintegración a la patria no deja de ser un espejismo, [...] la proyección imaginativa y nostálgica del pasado personal, junto con el dolor de aquella ruptura en que nosotros rompimos con España”. Sin embargo, confiesa que “el desasimiento que esta desamparada situación me imponía resultó ser –muy pronto pude comprobarlo– bastante acorde con mi inclinación natural, con mi sentimiento de libertad, con mi genuina actitud frente al misterio de los destinos humanos” (1998: 171). Sin duda, la naturaleza emocional e intelectual de Ayala estuvo signada desde muy joven por la pulsión del “viajero”, consolidando una fuerte personalidad itinerante, ya antes de comenzado su obligado exilio (ya a los 23 años se había ido con una beca a Berlín, vía París y ese sería sólo el primer escalón de una experiencia migratoria incesante, coagulada en el rosario de ciudades visitadas que desgranar sus memorias: París, Berlín, Lisboa, Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile, Asunción, Praga, Cuba, Río de Janeiro, Puerto Rico, Nueva York, Chicago, Roma, Londres, Estambul, Beirut, Bagdad, Egipto). Ma. Victoria Martínez afirma que “conforme a ciertos presupuestos psicoanalíticos, Ayala demostraba poseer muy buenas condiciones de emigrabilidad”, entendiéndolo por ella “la capacidad potencial del emigrante de adquirir en el nuevo ambiente, en forma gradual y relativamente rápida, una cierta medida de equilibrio personal, así como una buena integración en el nuevo contexto” (Grinberg 32). Por eso, “ni está en el exilio con los ojos fijos en España ni tampoco piensa que su residencia sudamericana sea meramente transitoria” (Martínez 2009: 33).

Todas las ciudades de su largo exilio fueron mucho más que espacios geográficos; formaron la trama de su identidad y su experiencia de emigrado en la cosmopolita Buenos Aires es un ejemplo elocuente de su formidable capacidad de adaptación a la alteridad, especialmente porque venía fortalecida dicha apropiación por la comunidad del idioma. El bastión nuclear de su integración al ámbito

porteño será pues el arraigo lingüístico, de modo tan intenso que provocará convicciones tan decisivas como ésta que no se cansará nunca de repetir: “La patria del escritor es su lengua”. Ayala subraya esa ventaja del exilio sudamericano en “la América que habla español”, que considera “una comunidad de cultura fundada por el idioma, que ofrece al intelectual emigrado más posibilidades para desarrollar su pensamiento” (1972: 148). A pesar de las diferencias idiomáticas entre el español peninsular y el castellano rioplatense, Ayala logra -como le advertirá Borges- “deslizar su acento granadino hacia el porteño” (II: 299), pues la ciudad que lo recibe le permitirá sentirse parte activa de su cultura y de su lengua.

Ya en su primera visita de 1936 a Buenos Aires (invitado por la Institución Cultural Española, para dar un ciclo de conferencias que continuaría en Chile y Paraguay), apenas desembarcado, recuerda Ayala sus “vehementes deseos de ponerme en contacto con *Buenos Aires, la reina del Plata*”.⁶ Esta primera imagen será determinante para su posterior decisión de exiliarse aquí, porque confiesa que “la Argentina que había visto en mi primera visita me dejó la impresión de una apertura soleada, de un pulso enérgico y de una fuerte expansión vital” (I: 190). Impacta sin duda la aguda lucidez con que enfrentó su partida desde el primer momento: “Yo no me hacía ilusiones ningunas acerca del futuro. Sabía que había salido de España para muchísimo tiempo, quizá para siempre”. Este formidable escudo lo preservó de la nostalgia inmovilista y fundamentó sus renovadas energías y pragmatismo para integrarse a los nuevos horizontes: “sin querer engañarme con falsas esperanzas, me dispuse a rehacer mi vida al otro lado del

6 En esos pocos días confiesa que “conocí a numerosas personas del mundo intelectual y literario –prácticamente “*a todo el mundo*”- (I: 188): el embajador español en el país Enrique Díez-Canedo, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, etc. La primera visita que recibió, en el City Hotel donde se hospedó, fue la de Jorge Luis Borges, a quien conocía por su amistad con Norah, hermana del poeta, casada con Guillermo de Torre.

Océano...” (I: 232).⁷ Ayala se establece en Argentina por más de diez años, desde 1939 hasta 1950. Las emotivas palabras de uno de sus mejores críticos y amigos, Luis García Montero, retratan la lucidez de su asumido destierro:

Llegaba al exilio con el propósito asumido de no encerrarse en la nostalgia, sabiendo que la España republicana había desaparecido para siempre, y que era mejor abrir por un lado los ojos al nuevo mundo y, por otro, tender en cuanto fuese posible puentes con los españoles del interior y ayudarlos a construir un nuevo país. Esa actitud caracterizó la labor intelectual y humana de Ayala durante su largo y fructífero exilio. (2006: 124).

En 2005 Ayala afirmará a modo de balance que su exilio porteño fue “relativamente suave”, pues “mis circunstancias personales me permitirían recuperar de inmediato en Buenos Aires, ciudad que ya conocía y donde era conocido, y donde tenía muy buenas relaciones, tanto el papel de escritor como una posición social muy aceptable”.⁸ Fue una ciudad a la medida de su sed intelectual, que le permitió recuperar su costosamente perdido nombre público, su prestigio académico y cierta notoriedad literaria.

Las primeras cincuenta secciones del segundo

7 La guerra civil lo sorprende en Sudamérica, con la noticia del asesinato de Calvo Sotelo e inmediatamente decide volver. Trabaja como funcionario del gobierno republicano, primero en Praga y después en España, para partir irremediamente tras la derrota en 1939. El franquismo fusilará a su padre y a un hermano en Burgos. El exilio argentino lo salvará a él y al resto de su familia. Cuenta, al final del primer tomo y con el título «Hacia el exilio», el periplo que lo trae finalmente a Argentina: primero a Cuba, de ahí a Chile y, cruzando los Andes por Mendoza en coche, arribarán de noche a Buenos Aires, agotados y con su hija Nina afebrada y enferma (I: 235-6).

8 En el Discurso de recepción, pronunciado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con motivo de recibir el premio “Antonio de Sancha” de la Asociación de Editores de Madrid, titulado “Toda una vida de escritor” (29 de septiembre de 2005).

tomo de sus memorias, *El exilio*, son consagradas a su estancia argentina y despliegan los relatos más cercanos y desgarradores de la contienda civil y sus primeras luchas por la supervivencia personal y familiar. Son itinerarios que recorren los obligados tópicos del exiliado: problemas laborales, pérdida de anclajes sociales, incertidumbre existencial, penurias económicas, desplazamientos de domicilio. Sin duda la Argentina escrita en sus memorias es esencialmente porteña. Ya en la segunda sección nos lanza de lleno desde su título, “Mi Buenos Aires querido”, a la típica atmósfera porteña, expresada mediante el tango como una de sus señas de identidad más reconocible. Ésta es la ciudad que evoca para entretejer como en un lienzo retratos urbanos, historias de pares, crónicas henchidas de valor afectivo, perfiles de amigos y colegas que participaron de su misma aventura intelectual. Un núcleo decisivo de ese progresivo arraigo estará representado por las *tertulias literarias*, por la contención afectiva que éstas aportaban y los vínculos activos con sus compatriotas refugiados. La vitalidad de sus antiguas tertulias madrileñas en la calle de Alcalá las trocaría por las de la Avenida de Mayo y más tarde por las del barrio de Flores: “Aquellas primeras tertulias de exiliados [...] en los cafés de la Avenida de Mayo, en el Español, y sobre todo en el Tortoni [se transformarían], a pesar de la multitud de sedes, en una tertulia única, abierta, que se extendía y se contraía”, funcionando como un “centro de intercambio de impresiones y de noticias, útiles y prácticas o fantásticas, y lugar de confortación recíproca” (II: 246).

La hospitalidad de sus compatriotas se manifestará en una vida social febril, tanto en reuniones en casa de algunos exiliados de renombre, como Rafael Alberti y María Teresa León, o María y Ricardo Baeza, como la fuerte amistad que supo labrar con lo mejor de la intelectualidad argentina, especialmente en la confitería Richmond de la calle Florida, y en torno a la revista *Sur* de Victoria Ocampo, en su casa o en su Quinta de San Isidro (II: 287). Al *círculo Sur* pertenecían sus mejores “amigos intelectuales”:

Jorge Luis Borges, Francisco y José Luis Romero, Jorge Romero Brest (II: 290, 296), élite que reproducía el círculo prestigioso orteguiano con sus tertulias de la *Revista de Occidente*, al que se sumaban aquí las redes internacionales forjadas por la personalidad y trayectoria de Victoria. Este círculo exclusivo –Henríquez Ureña, Martínez Estrada, Murena, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Norah Lange, Oliverio Girondo, Julio Cortázar- contribuyó a formar esa imagen ayaliana de la vida social porteña como “refinada y estimulante en grado sumo” (II: 337), “en aquel Buenos Aires donde el tono de la vida social incluía lo literario en una medida que en España era desconocida” (II: 305). Su progresivo afianzamiento económico e intelectual estará unido a su labor periodística, más que académica. De la mano de Eduardo Mallea, ingresará como colaborador del Suplemento literario del diario *La Nación*, que representaba el más visible vínculo con la intelectualidad europea y la vanguardia literaria. Comenzará además a trabajar como traductor en la editorial fundada por Gonzalo Losada (anterior editor de *El Sol* en Madrid y representante de la filial Espasa-Calpe en Buenos Aires desde 1928), y que fue llamada “la editorial de los exiliados”.⁹ Así vivió Ayala en la Argentina, mayoritariamente de los ingresos proporcionados por su actividad literaria e intelectual, como “empleado a sueldo”, pero con gran libertad creativa, ocupado en “las sedentarias labores de traductor y de articulista, la preparación de alguna que otra conferencia y por supuesto mis escritos de creación original [que] eran tareas que cumplía en casa” (II: 268).

Sus años porteños serán de gran fecundidad literaria.

9 Recuerda Ayala los inicios de su trabajo editorial, cuando le propusieron traducir un libro de Rilke, encargo que aceptó “sin preguntar condiciones” y por el cual obtuvo –luego de arduas jornadas de trabajo y cotejo con otras traducciones- la insignificante suma de cien pesos: “cantidad igual a la que cobraba por cada uno de mis artículos en *La Nación* y la mitad de lo que mensualmente costaba el alquiler del modesto apartamento donde nos habíamos mudado” (II: 279-280).

En la revista *Sur* publica su bellissimo relato *Diálogo de los muertos* en 1939, ofreciendo un marco editorial argentino a su estilizada y amarga versión de esa guerra fratricida que nunca acabaría de comprender. Además publicará *El hechizado*, *El abrazo*, *El inquisidor* y *La campana de Huesca*, textos todos que pasarían a integrar el volumen de *Los usurpadores*. A partir de allí se sucederán *Día de duelo*, publicado en *La Nación* en 1942 -que terminaría integrando el libro *El jardín de las Delicias* (1971)-, y sus dos obras mayores, *Los usurpadores* (marzo de 1949) y *La cabeza del cordero* (septiembre de 1949). Editará también *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo* (1941), *La historia de la libertad* (1943), *Los políticos* (1944); publicará su *Tratado de sociología*; participará en la revista jurídica *La ley*; continuará con sus traducciones de Rilke, Goethe, Thomas Mann, Moravia y con sus colaboraciones en *Sur* y *La Nación*. Formará parte de la fundación en 1947 de la “Revista de ideas” *Realidad* (a instancias de Mallea y dirigida por Francisco Romero, oficiando Ayala y Lorenzo Luzuriaga como sus verdaderos artífices. Con dieciocho números esta revista reunió firmas de la talla de Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre, Martin Heidegger, T.S. Eliot, Alfonso Reyes, y españoles como Pedro Salinas, José Luis Cano, Ricardo Gullón, Juan Ramón Jiménez. Nacida para “llenar un vacío intelectual” (Rodríguez Cela 126) convocó en su comité a destacados intelectuales como Amado Alonso, Eduardo Mallea, Martínez Estrada, José Luis Romero, Guillermo de Torre.¹⁰

En la cuarta parte de sus memorias, *De vuelta en casa*, editada recién en 2006, Ayala focaliza momentos intensos de su relación con Argentina. Sesenta años después, sigue evocando con emoción al Mallea de *Historia de una pasión argentina* (1937), y ve con los ojos de su amigo esa “Argentina invisible”, escondida tras los fulgores resonantes

10 Véase la invaluable reedición de la totalidad de sus números realizada en 2007 por la editorial Renacimiento con un lúcido prólogo de Luis García Montero.

de la otra, que auscultará con su lente implacable. Esa fue “la obsesión de Mallea”, que Ayala aún aquilata décadas después: “apoderarse intelectual y emocionalmente del ser esencial de su país y, fascinado frente a la esfinge, sufri[r] su *pasión argentina* sin atinar con el significado de sus oscuras señales” (565). Lamenta los caprichos de la fama, que han echado al olvido injustamente no sólo a Mallea sino también a Murena, “amigo mío muy querido”, mientras sentencia que “habrá que esperar –y yo lo espero- que la posteridad restablezca el prestigio de su nombre” (593).

En oposición a tantos injustos olvidos, le reconforta por otro lado el reconocimiento de la calidad literaria de “otro escritor argentino, también amigo mío, cuya muerte reciente han llorado con descompuestos alaridos todos los medios de publicidad”, Julio Cortázar. Y da testimonio de su admiración, porque “le conocí muy a fondo”: nunca “sucumbió al mareo de la vanidad”; “era un hombre íntegro” (594). Victoria Ocampo sigue ejerciendo un influjo decisivo en los caminos de su memoria a la hora de reconstruir aquel pasado. “Aficionada” y “mecenas”, dotada de “un superior talento literario”, opacado falsamente por su “alta posición social de gran señora”, dentro de una sociedad donde su independencia chocaba, Ayala destaca su “estilo limpio” e “impecable”, que “le entrega al lector su intimidad”: “cuando habla de los demás está hablando de sí misma a través de otras personas” porque su “arte literario era vital, entrañable”, “encarnado en lo más profundo de su vivir” (634). Se reconoce en las “convicciones liberales” de su amiga y protectora, quizás porque fueron la mano que ayudó a abrirle a él mismo tantas puertas: “defendió –y respetó- siempre el derecho de cada cual a entender el mundo e instalarse en la vida a su manera, según su propia esencial naturaleza y condición” (635).

Por último, vuelve sobre la poderosa figura de Borges: “cortejado por la fama”, “ha pasado a ser una figura prócer”, “simplificada y fija, una efigie, el estereotipo que todos reconocen”, pero esta “imagen pública” con el “aura de popularidad” y “poder social” implícito no mellaron

el corazón íntimo del hombre: “Yo pude observar a mi amigo envuelto en una verdadera apoteosis” y “lo he visto manejar la situación con aplomo y digna distancia, cual si en el fondo le fuese ajena y hasta incluso un tanto onerosa, mientras acaso le estaría remordiando alguna pesadumbre doméstica” (673).

Sin duda, este puñado de nombres de escritores argentinos pueblan su universo final: “En estas melancólicas postrimerías, la evocación de mi estancia en Buenos Aires durante la década de los 40” adquiere “particular arraigo en mi memoria”, nos confiesa (682). Ayala se proyecta en la estatura de aquellos argentinos con quienes convivió y destaca especialmente las luces y sombras compartidas, la modestia e integridad frente a la frivolidad vacua de la fama, la corriente de simpatía creada en la obra para involucrar a sus lectores, la pasión por la libertad y el cultivo de la conciencia alerta en un mundo complejo y hostil.

Si el clima intelectual será el factor decisivo de su plena integración social y laboral en el país, el peronismo se encargará de alejarlo y la cada vez más enrarecida atmósfera política lo decidirá a emigrar en 1950 y recalcar en Puerto Rico. Sin prever ningún ilusorio retorno a España, al partir al norte del continente, Ayala comienza pausadamente a transitar la experiencia del regreso, a fines de los 60 y más resueltamente al terminar el franquismo, iniciada la Transición. Pero aún cuando, terminado el largo exilio por América, Ayala logrará vivir muchos años más en su España recobrada, la talla del hombre ya estaba mellada y a su vez enaltecida por las ciudades y países adoptados del otro lado del océano. Tanto es así que en sucesivos viajes, como el que hizo a Italia, la huella de su identidad argentina aflora: “Mi larga residencia en Argentina me había preparado para ingresar en esa España benévola que era Italia”, para recuperar “el ambiente humano, en fin, de mi Buenos Aires querido, y me dominó la impresión de estar recuperando algo familiar, de recuperar un pasado que era todavía el pasado próximo, que todavía no era España...” (II: 406). Con el cumplimiento del anhelado regreso, Ayala exorcizará

el fatalismo que persigue a todo exiliado, y que tan bien expresan los conocidos versos de José Moreno Villa:

Lo malo de morir en tierra ajena
es que mueres en otro, no en ti mismo.
Te morirás prestado.
Y nadie entenderá tu voz postrera...
(174)

Ayala no morirá “en tierra ajena”; morirá en la propia, en su España, el 3 de noviembre de 2009. Pero pocos días después, en su “otra tierra”, una emocionada comitiva de españoles y argentinos lo homenajearán, colocando una placa en su primitiva casa porteña. Así anunciaban los diarios argentinos el homenaje:

El próximo jueves 12 [de 2009] se cumplirán 70 años de la llegada del intelectual a Buenos Aires, exiliándose en 1939 de la dictadura franquista, que acababa de fusilar a su padre y a uno de sus hermanos. Argentina le ha querido rendir un sentido último homenaje, promovido por sus amigos en el país. Desde hoy una placa conmemorativa en la casa donde vivió, recordará para siempre al escritor andaluz. “*En este edificio vivió desde 1939 a 1942 el escritor español Francisco Ayala, autor de novelas y testigo alerta de su tiempo*”, reza la placa, instalada en la puerta de un edificio ubicado en el número 441 de la calle Defensa, en el barrio porteño de San Telmo.

En ambas tierras “entenderán su voz postrera”: al acto porteño llegará también su palabra material, en un breve mensaje grabado en vídeo el 6 de octubre de 2009 en Madrid y presentado el jueves 12 de noviembre, en la Oficina Cultural de la Embajada de España en Buenos Aires, con motivo de dicha conmemoración:

En este momento tardío, cerca del final, puedo mandar un

saludo muy cordial, muy cariñoso, a todos mis amigos de la Argentina y todos mis amigos que me han acompañado en este viaje hacia esos momentos de mi vida que fueron tan importantes para mí y tan gratos, y que recordaré siempre con verdadera alegría y verdadera gratitud. Y más no digo.¹¹

En síntesis, Buenos Aires es construida siempre en sus memorias desde un registro que no dejará nunca de ser contenido, hondo, íntimo, sereno. Como un anónimo informante atestigua en la historia oral de los republicanos en América: “Somos del Atlántico, estamos a mitad de camino de la ida y de la vuelta” (Schwarztein 2001: 215). Para Ayala, como bien expresa Adolfo Sánchez Vásquez, “lo decisivo es ser fiel –aquí o allí- a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es *estar* –acá o allá, sino *cómo se está*” (45). Es esta vivificadora mirada la que sutura las heridas abiertas del destierro y produce en Ayala una estrategia vital de compensación. Huye de la mitificación del exilio; rechaza categóricamente el lugar común que transforma al exiliado siempre en víctima; reelabora y reconcilia en su propio espíritu el hogar natal con la patria adoptada; en fin, siempre suma, sin ignorar la fatalidad de la resta.¹²

Y si acaso fuera verdad lo que con tanta convicción afirmara Ayala respecto de la lectura: “Leer a un escritor es conocerlo más que se conoce al común de los conocidos; es *ser íntimo* con él” (1992: 208, el destacado es mío),

11 En diversos sitios de internet archiva la prensa argentina y española esta crónica del homenaje. Los párrafos han sido extraídos de una de ellas: <http://www.6columnas.com/2009/11/13/francisco-ayala-y-un-inedito-adios-a-buenos-aires/>

12 Sin duda bien podrían aplicársele a Ayala estas palabras de Claudio Guillén: “El ser humano, conforme se muda de lugar y de sociedad se encuentra en condiciones de descubrir o de comprender más profundamente todo cuanto tiene en común con los demás hombres, uniéndose a ellos más allá de las fronteras de lo local y lo particular” (22).

la aventura de recorrer sus páginas sigue siendo para sus lectores fieles como callejear juntos por las ciudades que amó. Como lectora y argentina, encuentro en sus *aguafuertes porteñas* los rostros familiares de mi ciudad, y hallo en su memoria activa la constatación de que la patria que nos une es, antes que un espacio físico, un idioma y una comunión de ideales. Si su modestia final lo llevará a definir sus últimas reflexiones como meras “cuitas de un anciano valetudinario”, a quien “la fatalidad ha condenado a que siga escribiendo en la arena, en el agua, en el viento...” (2006: 550), quienes frecuentamos su escritura aprovechamos los frutos imperecederos de esa siembra centenaria. Y recogemos lo que nos ofrece, reconociendo la altura moral de su legado: “el testimonio de mi presencia en la tierra con la conciencia desengañada y humilde de su insignificancia” (2006: 552).

Bibliografía

- Abellán, José Luis y Monclús, Antonio (coords) (1989). *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, Tomo II: *El pensamiento en el exilio*, Barcelona: Anthropos.
- Ayala, Francisco (1972). *Los ensayos. Teoría y crítica literaria*, Madrid: Aguilar.
- , *Recuerdos y olvidos*, Madrid: Alianza, 1984, en 3 tomos. (Reeditada en 2001).
- , *El tiempo y yo o El mundo a la espalda*, Madrid: Alianza, 1992.
- , *De mis pasos en la tierra*, Madrid: Alfaguara, 1998.
- , “Toda una vida de escritor”, *Discurso de recepción*, pronunciado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con motivo de recibir el premio “Antonio de Sancha” de la Asociación de Editores de Madrid, el 29 de septiembre de 2005. Cfr. en www.dooos.org/articulos/otros/francisco_ayala.htm

- , *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Madrid: Alianza, 2006.
- García Montero, Luis (ed.), *Francisco Ayala. El escritor en su siglo*, Madrid: Vegap, 2006. Capítulo introductorio “Francisco Ayala”, pp.31-263.
- , “La aventura de pensar el mundo”, Prólogo a la edición de los números completos de la revista *Realidad. Revista de Ideas*, VI volúmenes. Sevilla: Renacimiento, 2007, vol. I, pp. XXIX-LXXIII.
- , *Francisco Ayala. El escritor en su siglo*, Granada: Los Libros de la Estrella, 2009.
- Grinberg, León, *Psicoanálisis de la emigración y del exilio*, Madrid: Alianza, 1984.
- Guillén, Claudio, *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona: Sirmio-Quaders Crema, 1995.
- León, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Buenos Aires: Losada, 1970.
- Martínez, Ma. Victoria, *Estudios sobre Francisco Ayala*, Córdoba: Universidad nacional de Córdoba, 2009.
- José Ricardo Morales, “Autobiograma”, en Abellán y Monclús, *Pensamiento español contemporáneo y la idea de América*. 1989. Tomo II, 569.
- Moreno Villa, José, *Vida en claro*, México: El Colegio de México, 1944.
- Said, Edward, “Reflections on exile”, en *Granta*, vol. 13, 1984, pp.157-172.
- Scarano, Laura, “La Buenos Aires de Francisco Ayala: Retratos y relatos de su exilio argentino”, en García Montero, Luis (ed.), *Francisco Ayala. El escritor en su siglo*, Madrid:Vegap, 2006, pp. 295-309.
- “Aguafuertes porteñas de Francisco Ayala”, en Milena Rodríguez Gutiérrez y Luis García Montero (eds.), *De este mundo y del otro. Homenaje a Francisco Ayala.*, Madrid: Visor, 2011, pp.209-230.
- Schwarzstein, Dora, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina*, Barcelona: Crítica, 2001.